

LA MÚSICA TRADICIONAL DE UNA AMÉRICA QUE CANTA

CONFERENCIA CAECE - 5 de Noviembre de 2004
PARA LA MAESTRÍA EN DIDÁCTICA DE LA MÚSICA

Sres. representantes de la Universidad Caece,
Sra. Dra. Ana Lucía Frega,
Sres. alumnos,

La cultura es uno de los haberes formales de los pueblos, que los distinguen. Y en la cultura ingresan todos sus bienes tangibles y no tangibles. Hoy distinguimos en primer lugar la universal que reúne a todas las personas que han realizado estudios superiores. Y llamamos popular a la citadina que se televisa y difunde impresa diariamente.

Pero a su lado, es usufructo de todo el pueblo una cultura más exclusiva de cada quien, que recibe calificativo especial: sea popular, folklórica o aborigen, cuando es de transmisión oral, o sea docta, académica o sencillamente “cultura” –así, entre comillas-, cuando no tiene detrás un rótulo que la caracterice, pero que intelectualmente está caracterizada por lo que significa en sí.

A cada ser humano le inculcan la cultura que tienen sus padres, y desde corta edad, la que el Estado está obligado a darle a sus nuevos ciudadanos. Esta última va a caracterizar a cada uno de acuerdo a su receptividad y la suerte que le asiste en su posible adjudicación. La cultura letrada es aquella en la que nos inicia la escuela y va seguida por la posibilidad futura de cada uno. Pero es sin lugar a dudas la primera, la letrada, la que nos dará la formación básica. A ella llegamos todos, pero

—se supone—, cada quien pone lo que trae de su casa, y lo que trae de su casa será siempre lo básico, lo esencial.

A eso le irá agregando experiencias que tienen que hacer con la sociedad en la que se mueven y con la de su pueblo-nación. Ésta es la que los une a su país, a su gente toda que tiene cimientos, que constituyen lo que llamamos tradición. Pero la tradición puede ser grande o pequeña. La grande se adquiere con lo que nos da la cultura letrada y la artística. Y aquí entra la música que nos da fundamento auditivo: sensible, académico, tradicionales o populares. El académico es restringido y se adquiere en escuelas especializadas e institutos: llámense universidades, academias, conservatorios, etc. etc.

Estas instituciones del saber, tienen siempre un fundamento documental. Y éste se inicia en la escuela. Pero la escuela está en contacto con muy diversas fuentes de documentación: nacionales y regionales. Una de ellas nos une a todos los connacionales, ciudadanos y provinciales. Los ciudadanos, formados en grandes espacios preferenciales y los ^{provinciales} segundos, muchas veces al amparo de las tradiciones milenarias que nos dan piso para poder ser nosotros mismos.

Nuestros miles de aborígenes tienen en cambio solamente la ^{música} que Dios les dio, ~~que~~ son suyas y les permiten todavía sobrevivir.

Nuestra “gente de la tierra”, nuestros criollos tienen a veces la suya, que les da la nacionalidad.

La ciudad impone lo que viene de afuera, el interior nos da lo propio: lo que da la tierra y lo que da su gente si está formada en esa tierra. Eso es lo que tenemos que rescatar para ser nación con fundamentos y con raíces propias. Ésa es cultura de ayer y de hoy, todavía viva, cimentando la vida de nuestro pueblo, al que se agregan los

que pervivieron, herederos de muchos cientos de generaciones en las selvas, que les son propias, porque nos precedieron. Y que son de ellos, porque están todavía aquí.

Y bien, la disciplina que yo abracé me unió a todas esas culturas que pertenecen desde siempre a estas tierras, mucho antes de que les dieran el nombre de Argentina. Son todas esas culturas las que nos dan el fundamento que nuestras disciplinas musicales y antropológicas han rescatado. Este fundamento es el que nuestras ciencias musicales y letradas deben dar a la escuela para que sean usufructo de todos los argentinos (nativos y nacionalizados).

Como compositora he iniciado la creación de obras musicales enraizadas en Argentina y América aborigen, porque considero que debemos argentinizar y latinoamericanizar aún más nuestro arte, y en mi caso, el musical, y creo fervientemente que a Uds. les corresponde argentinizar la educación, como docentes, como músicos, y en general como profesionales, ya que nos debemos a un gran país en formación.

En momentos en que el país ingresa a una globalización material y cultural, el sentir de patria se debilita, en tanto se reemplaza por una unificación que se impone desde afuera y armoniza con las generaciones nuevas que no han vivido el proceso de nuestra formación como nación.

Cuando se cumplió el primer centenario de la independencia Argentina, el país contaba con una pléyade de argentinos que asentaban la cultura en las acciones de nuestros próceres y llevaban bien en alto la bandera. Poco a poco ese sentir de patria se fue opacando: por nuevas generaciones ingresadas y no aleccionadas debidamente por un país cosmopolita, en el que las juventudes en las grandes ciudades afloran con la vista puesta en valores foráneos, en tanto los hombres y mujeres nativos de tierra adentro responden a sus tradiciones.

Un santiagueño como el Dr. Ricardo Rojas, un tucumano como el Dr. Ernesto Padilla, un catamarqueño como el Maestro Juan Alfonso Carrizo, un salteño como el Dr. Augusto Raúl Cortazar, un provinciano bonaerense como Carlos Vega, e infinitos tradicionalistas más, creadores todos de valederas instituciones, se convirtieron en paladines en defensa de la cultura nacional y del trabajo que la sustentaba.

Guerra y políticas ajenas trajeron a nuestro país juventudes foráneas, con diferente formación y ansia de escalar posiciones, sobre todo, políticas y económicas. Modificaron rumbos y se enseñorearon del país buscando nuevos horizontes donde afincarse, por cuanto les faltaban auténticas raíces.

En pocos años, inmigrantes con la vista puesta en un mundo convulsionado, nos penetraron, haciéndonos muchas veces olvidar quiénes éramos. Las más antiguas civilizaciones europeas, antes unidas con las criollas, nos están dejando sin embargo un legado que por una parte nos llega para apaciguar destinos inciertos, haciéndonos ver cómo debemos nosotros hoy, en esta más nueva América, recuperar la cultura de nuestros ancestros para ayudar a labrar con ella algo propio que nos sostenga y que nos permita tener identidad.

Por nuestra parte, hoy los integrantes de IDECREA ^{nuestro} nos constituimos por fuerza en un punto de partida nacionalista y americanista, al que muchos jóvenes argentinos en nuestros días comienzan a prestar atención.

La música de América es, de todos los bienes culturales probablemente, la que habla mejor a los sentimientos, y es una de las expresiones que debemos rescatar antes de su extinción total. Pero no para quedarnos solamente en ella, sino para tomarla como punto de arranque, ^{do} crear nuevos sonidos que representen a nuestra Argentina y a nuestra América. La música puede hablar a los espíritus juveniles, si la ponemos en

funcionamiento, para crear un lenguaje sonoro propio, como el que poseen ya otros continentes.

Argentina, como América toda, posee tierra adentro un granero musical que nos llega en parte desde antes del llamado descubrimiento. A éste se agregó el ingreso de los instrumentos musicales de cuerda, traídos por los españoles y europeos en general, que se multiplicaron con arpas y guitarrillas, como el charango, hoy propio del llamado mestizaje cultural.

La llegada de los conquistadores, coincidió en su tiempo con el desarrollo europeo de una notación musical que separó ^{la música} desde el siglo XV ~~la música~~ en dos corrientes: la de los compositores que pudieron arribar a la creación de las grandes formas, gracias a la fijación de los pensamientos musicales, y la continuidad de lo espontáneo musical del llamado folklore, que no requiere enseñanza académica porque sigue siendo la expresión oral tradicional del pueblo que la hereda de anteriores generaciones. Ésta cumple una función muy específica cuando es ejecutada desde la primera infancia con el tradicional arrullo, seguido por las rondas y juegos infantiles, que lamentablemente la televisión ha desplazado.

En cambio, la música siguió acompañando los festejos en el interior del país, sean dedicados a la Madre Tierra o a los Santos, en los días que el santoral les tiene asignados. El pueblo conservó para ello un rico cancionero musical tradicional, que hemos podido grabar en el país, para su conservación y difusión. Vuelve a ofrecer &SÍ ahora algunos ejemplos de nuestras grabaciones, obtenidas a lo largo del siglo pasado:

Nº	NOMBRE DE LA PIEZA	INTERPRETES	LUGAR	TIEMPO
1	Pasacalle para el niño Jesús	Daniel y Anastasio Kalisaya (Quena y Tambor) Anón.	Jujuy. La Quiaca.	0'52''
14	Carnavalito "Si way si"	Dalmacio Castillo (Canto con charango) Anón.	Jujuy. Humahuaca.	1'04''
16	Toque de corneta	Martín Birasati (Erke). Anón. pop.	Jujuy. Yavi.	0'53''
19	Coplas de invierno	Polonia Cruz. (Caja con chirlera) Anón.	Jujuy. Santa Ana.	1'54''
23	Bailecito	Robustiano Ovando y su conjunto. (Quena, charango, guitarra, bombo). Anón.	Jujuy, Abrapampa	2'45''
24	Baguala "No me escribe"	Carmelo Rueda (Con caja) Anón.	Salta, Chicoana	0'55''
29	Escondido	Juan B. Fernández (Arp. y guit.) Anón.	Tucumán. Hierbabuena.	2'00''
31	Zamba de Vargas	Nachi Gómez (Voz y guitarra) Anón.	Santiago del Estero	2'46''
32	Chacarera	Nachi Gómez (Voz y guitarra) Anón.	Santiago del Estero	2'30''
34	Vidala	Pedro Argüero y compañeros (Canto con caja). Anón.	Santiago del Estero	1'10''
37	Canto de los Ayllis	Ramón F. Molina Torres. (Canto) Anón.	La Rioja	2'24''
39	Gato	Pedro Molina y Cándido Flores (Guitarra y acordeón) Anón.	La Rioja. Solca	1'10''
43	Jota	Ramón González (Acordeón y guitarra) Anón.	Córdoba. La Higuera.	1'11''

CREACIÓN: Kwaltaya

TRACK 1, comenzar desde 10'11''

Y ahora pasamos a considerar nuestro problema docente.

En primer lugar, hay que reconocer que no se puede dictar una misma música a niños pertenecientes a diferentes culturas. En todos los casos se debería partir de su propia música tradicional, con una simple explicación para información de todos los educadores y educandos asistentes.

En nuestro país, tenemos tres tipos de música tradicional que se adaptan para diferentes casos: la correntina, la jujeña y la centrana o criolla, que son el chamamé, el huaino, y la zamba, junto con el gato y otras danzas de la misma promoción.

Y tenemos además una especie popular porteña, ya casi universalizada, el tango, que no se folklorizó porque no condice su ritmo en 2 x 4 con el ritmo en 6 x 8 de las danzas criollas, popularizado hace más de 200 años.

Pienso que no se debería comenzar la clase de música solo con la folklórica argentina, cuando hay niños pertenecientes a diferentes culturas. En la actualidad, la Untref con su dirección de IDECREA, está en condiciones de preparar un CD con ejemplos de música folklórica propia de los niños procedentes de los países vecinos, que se les haría escuchar en su primera clase con una mínima explicación entregada al docente. De esta manera, los niños se unirían a través de la música. Nuestras especies más adecuadas son el huaino, para los andinos, el chamamé, para los paraguayos y la zamba para los argentinos, acostumbrados muchas veces, solo a escuchar música popular que les llega de la capital...

Las escuelas son el lugar de formación de las juventudes y no pueden permanecer ajenas a la enseñanza de este arte que tiene varios cauces: el académico, de alta cultura, el popular que va de la ciudad al campo y el tradicional que viene del campo a la ciudad y que es el que representa a los países y en cuyo repertorio americano nos vamos engarzando para poder decir también: América canta. Pero nuestro arte –

como todas las artes – debe salir de una gran Escuela cuyas bases se ponen en la infancia y la adolescencia.

Ha llegado el momento de considerar la música como la gran asignatura que debe entrar por los oídos juveniles para colmar el espíritu y elevarnos por los Buenos Aires de nuestra tierra llamada poéticamente: Argentina.

como todas las artes – debe salir de una gran Escuela cuyas bases se ponen en la infancia y la adolescencia.

Ha llegado el momento de considerar la música como la gran asignatura que debe entrar por los oídos juveniles para colmar el espíritu y elevarnos por los Buenos Aires de nuestra tierra llamada poéticamente: Argentina.

ETNODRAMA

El Etnodrama, como género teatral, no es nuevo en otras regiones del mundo; se trata sencillamente de la expresión dramática propia a una etnia, es decir, a aquellas temáticas basadas en los mitos y leyendas que revelan el espíritu metafísico de un grupo racial determinado.

Este tipo de teatro fue particularmente cultivado desde sus formas primitivas en Asia, tanto por su contenido religioso, como por el deseo de transmitir de generación en generación los valores éticos y estéticos de una raza.

En la actualidad Asia cuenta con países que han alcanzado el más alto refinamiento expresivo de su teatro primitivo, en tanto que en América Latina nos hallamos en el punto inicial; vale decir en la fase de recopilación y valoración de las formas dramáticas que ponen en movimiento y dan vida a lo sagrado, lo trascendente y lo sobrenatural.

Tal como el International Theatre Institute dependiente de la UNESCO lo hiciera notar en su publicación de 1978, el Etnodrama existe en América Latina y es necesario sacarlo a la luz. KWALTAYA asume ese compromiso ofreciendo la primera expresión teatral, convirtiendo un lenguaje en un nuevo género típicamente latinoamericano

KWALTAYA

Este nombre tomado de la mitología de los miskito (Honduras), significó mucho para mí: por primera vez llevaba yo a la realización la idea que me movió a buscar el corazón musical de América Latina para que latiera fuerte en una creación dramática de aliento. De ahí el nombre específico que le di a la obra: etnodrama musical. La idea consistía en plasmar dentro de la misma, timbres y colores del Caribe en este caso, dejando correr el canto sobre todos esos sonidos mágicos de las selvas y los ríos, de pájaros y susurros, donde las potentes voces de chamanes parecen surgir del fondo de los tiempos para hablarnos de una realidad diferente, la de los pueblos que nos precedieron en estas tierras de dios – el dios de ellos –, y que asistieron al drama de la conquista primero, y al drama de “nuestra civilización” ahora. Música y drama conjugados, llevados al plano de nuestro arte, para mostrar una realidad diferente de la que vemos todos los días.

Concebí la obra con un canto que se desliza, cambia siempre, sobre un mundo de sonidos tomado de la realidad sonora: despertar del mundo, aerófonos solos –muy distintos de los de una orquesta-, conjuntos musicales, voces ancestrales, tambores afro, cantos a los dioses negros, voces de pájaros y voces femeninas, miedos y llantos, almas en pena...